

¿Reforma Agraria en el Ecuador?
viejos temas, nuevos argumentos

Frank Brassel, Stalin Herrera, Michel Laforge
Editores

Miembros del SIPAE

Sistema de Investigación sobre la Problemática Agraria en el Ecuador

■ Universidad Central del Ecuador (**UCE**) ■ Universidad de Cuenca ■ Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas (**CESA**) ■ Institut de Recherche pour le Développement (**IRD**, Francia) ■ Agrónomos y Veterinarios Sin Fronteras (**AVSF**, ex-CICDA, Francia) ■ Sistema de Capacitación para el Manejo de los Recursos Naturales Renovables (**CAMAREN**) ■ Fundación para el Desarrollo y la Creatividad Productiva (**FUNDES**) ■ Instituto de Ecología y Desarrollo de las Comunidades Andinas (**IEDECA**) ■ Centro de Investigaciones para el Desarrollo (**CINDES**)

¿Reforma Agraria en el Ecuador?: viejos temas, nuevos argumentos

AUSPICIADO POR:



PUBLICADO POR:



¿Reforma Agraria en el Ecuador?: viejos temas, nuevos argumentos

Frank Brassel, Stalin Herrera, Michel Laforge
Editores

Está publicación es posible gracias al apoyo de AVSF, Intermón Oxfam, IRD

Revisión de Textos: Edith Valle - M. Samaniego

Diseño portada: El Antebrazo

Diseño y diagramación: Miguel Samaniego

Impresión: somos punto y línea – (593) 2453 757

Agosto / 2008

© Sistema de Investigación sobre la Problemática Agraria en el Ecuador (SIPAE)
Oficinas: Edificio Facultad de Ciencias Agrícolas - 2do. Piso, Ofic. 414
Ciudadela Universitaria - Universidad Central del Ecuador,
Apartado Postal 17-10-7169, Quito – Ecuador
Telefax (593 2) 2555 726
E-mail: sipae@andinanet.net
www.sipae.com

Ficha de Catalogación:

333.31 Brassel, Frank; Herrera, Stalin; Laforge, Michel (eds.)
B823r

¿Reforma Agraria en el Ecuador?: viejos temas, nuevos
argumentos / Frank Brassel, Stalin Herrera, Michel Laforge eds.-
Quito: SIPAE, 2008.
248 p. ilustr.; tablas.; mapas.
ISBN: 978-9942-01-874-8

1. REFORMA AGRARIA 2. REFORMA DE TENENCIA DE
LA TIERRA 3. ESTRUCTURA AGRARIA 4. DESARROLLO
RURAL 5. AGROINDUSTRIA 6. ECONOMÍA AGRARIA
7. DERECHO SOBRE LAS AGUAS 8. RIEGO 9. INEQUIDAD

CONTENIDO

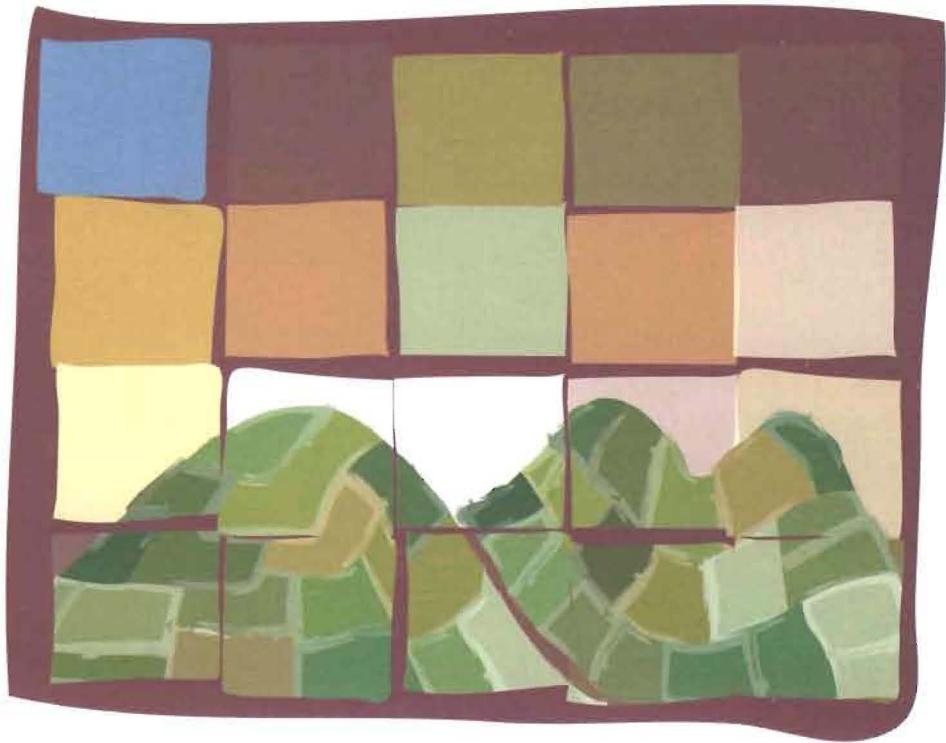
Presentación	9
¿Porqué Tierra? (Frank Brassel, Stalin Herrera, Michel Laforge)	11
La Estructura agraria en el Ecuador: una aproximación a su problemática y tendencias (Alex Zapatta, Patricio Ruiz, Frank Brassel)	17
<i>Estudios de Caso</i>	
Los recursos naturales estratégicos en manos de empresas de grandes terratenientes y aguatenientes: El caso de la Unión de Comunidades de Quichinchi (UCINQUI), Imbabura (Rosa Murillo)	33
Acumulación perversa: Comuneros, agua y tierra en la Península Santa Elena (Paúl Herrera, Ramón Espinel)	49
Competencia desigual: Agroindustria bananera y pequeños productores: El caso de Barbones (Eduardo Rodríguez)	65
Alternativas económicas, tenencia de la tierra y género: El caso de Nabón (Stalin Herrera)	77
Tenencia de tierra en 12 comunidades en la Provincia de Manabí: El caso de Rocafuerte (Amparo Gilces, Freddy Montenegro)	103

Concentración azucarera: El caso de La Troncal (Andrea Ojeda)	119
Desplazados por agroexportación – La concentración de la tierra por multipropiedad y fracturación: El caso de Quevedo (Germán Jácome, Natalia Landívar, Mario Macías, Vatison Cueva)	133
La agroindustria de las flores y la ruptura de la economía campesina: El caso de Ayora (Doris Sánchez, Marcela Silva)	153
Principales resultados de los estudios de caso sobre tenencia de la tierra en el Ecuador	169

Aportes al Debate

¿Cómo ampliar las funciones económicas, sociales y ambientales, de la tierra en el campo? (Marc Dufumier)	177
Reflexión sobre la función socio económica de la tierra y el modelo de desarrollo agrario (Christophe Chauveau)	189
Cómo las agriculturas campesinas intentan asegurar su acceso a la tierra en el Ecuador: Logros y obstáculos para un uso eficiente de la tierra (Michel Laforge)	203
Campesinos sin derechos: Hacia una democratización de la tierra en el Ecuador (SIPAE - Dirección Ejecutiva)	219
Los aportes del Grupo de Trabajo sobre Reforma Agraria (Francisco Hidalgo)	235

APORTES AL DEBATE



¿COMO AMPLIAR LAS FUNCIONES ECONÓMICAS, SOCIALES Y AMBIENTALES, DE LA TIERRA EN EL CAMPO?

Marc Dufumier*



* Profesor de la cátedra de Agricultura Comparada y Desarrollo Agrario de Agroparistech, de la Universidad de Paris, Francia. Desde los años 70 recorre el mundo como experto en políticas agrícolas, visitó varias veces a Ecuador.

En este artículo, el autor comienza por partir de una re-definición de la actividad agrícola, para explicar cuáles son las funciones de la agricultura, además de las funciones productivas, y argumentar que las medianas agriculturas familiares son las más eficientes en cumplir con todas estas funciones, por eso el autor ve muchos argumentos a favor de una reforma agraria.

Se ha considerado muy a menudo a la agricultura como una actividad económica a través de la cual se trabaja la tierra con fines estrictamente productivos. Pero la agricultura puede también desempeñar otros papeles en la sociedad; y este artículo presenta las condiciones que permitirían a la tierra poder asumir una mayor diversidad de funciones económicas, sociales y ambientales, en el campo.

Tierra y ecosistemas

En las zonas rurales, en el punto de vista estrictamente productivo, podemos considerar la tierra como el lugar donde los agricultores tienen que manejar los agro-ecosistemas con miras a obtener diversos productos vegetales y animales. Estos agro-ecosistemas son los verdaderos objetos de trabajo de los agricultores. Las actividades agropecuarias consisten en desviar los flujos naturales de energía, agua, carbono, nitrógeno, y muchos elementos minerales (fósforo, potasio, calcio, etc.) con el fin de producir calorías y proteínas alimentarias, materia prima para las industrias (fibras textiles, madera para la construcción, moléculas farmacéuticas, etc.) y

varios servicios ambientales. Haciendo eso, los agricultores artificializan y simplifican los ecosistemas, con el riesgo, en unos casos, de fragilizarlos demasiado. Al final no es tanto la fertilidad de los suelos la que importa para las diversas potencialidades productivas de los agro-ecosistemas manejados por los productores. Para que el desarrollo agropecuario pueda ser sustentable, los agricultores tienen que implementar sistemas de producción que permiten a esos agro-ecosistemas recuperarse de deterioros de diversa naturaleza y adaptarse a nuevas condiciones y/o responder a nuevas necesidades.

En países de tamaño pequeño como el Ecuador, donde la tierra cultivable es un recurso relativamente escaso, en relación con la densidad de población. Los productores del campo tienen que hacer el mejor uso de los agro-ecosistemas ubicados sobre ésta, de tal manera que puedan obtener niveles cada vez más altos de producción, sin mayores costos en insumos importados y sin ocasionar graves daños sobre el medio ambiente. Esto significa una extrema atención (un fuerte desempeño) para que la energía solar que llega hasta la tierra pueda ser

lo mejor posible interceptada por la vegetación con fines de maximizar la fotosíntesis y producir grandes cantidades de calorías destinadas a la alimentación humana y/o animal. Los rayos de luz no deben caer directamente al suelo y tienen que ser aprovechados por hojas de plantas que estén en capacidad de fijar carbono a partir del dióxido de carbono del aire. Esto no es posible si los vegetales sufren de estrés hídrico y es entonces conveniente asegurarles un microclima favorable y un suministro de agua suficiente. Para mejorar el uso de la radiación solar disponible sobre las tierras agrícolas, es también necesario optimizar la utilización de las lluvias que caen en el suelo y del vapor de agua que permanece en las cercanías de las plantas. La incorporación en la tierra de los desechos de cultivos permite luego mantener o enriquecer la tasa de humus de los suelos, lo que es una condición muy importante para que estos mismos suelos puedan conservar o aumentar su fertilidad.

El nitrógeno, constituyente esencial de las proteínas alimenticias destinadas a la nutrición humana o animal, puede provenir del aire presente sobre las tierras disponibles, mediante la siembra de leguminosas (fréjol, habas, arveja, lentejas, soja, alfalfa, trébol, etc.) con las cuales viven en sinergia las bacterias fijadoras del nitrógeno. La incorporación en la tierra de los

deshechos de cosecha de estas plantas, contribuye en la fertilización nitrogenada de los suelos, sin tener que comprar urea o nitratos de síntesis. Esta fertilización biológica de los suelos puede ser muy provechosa para las otras especies que siguen a las leguminosas dentro de las rotaciones de cultivos. El hecho de implementar tales rotaciones permite romper los ciclos reproductivos de los insectos predadores y de las otras plagas que pueden afectar el crecimiento y el desarrollo de las plantas cultivadas. La cría de animales en unidades de producción donde están también sembrados cultivos ayuda los agricultores para el reciclaje de los subproductos de cultivos como forraje para los animales y de los excrementos de animales (estiércol) para el abonamiento orgánico de los suelos.

Los perjuicios de la agricultura capitalista a gran escala

Es importante pues, para un país como el Ecuador, poder desarrollar unos sistemas de producción agropecuaria reproductibles, ahorrativos de insumos costosos y de gran valor agregado biológico, con una movilización prioritaria de los recursos locales. Pero es preciso reconocer que la gran agricultura empresarial con mano de obra asalariada no es la forma más adecuada para cumplir con esos objetivos.

Los administradores de las grandes explotaciones agrícolas capitalistas son lógicamente empleadas con el fin de aplicar sistemas de cultivo o de crianza que permitan maximizar el retorno al capital invertido por los propietarios de la tierra, comparando la tasa de ganancia agrícola por unidad de capital con las que podrían conseguir en otras actividades económicas: industrias, transporte, compra y alquiler de departamentos, comercio, etc. Para alcanzar tal objetivo, muchos de estos gerentes optan por no invertir mucho dinero por hectárea y se acomodan fácilmente a procesos de producción extensivos, generando muy poco empleo por unidad de superficie. Tal es el caso de muchas haciendas ganaderas y plantaciones de caña de azúcar o de palma africana.

En la mayoría de las grandes plantaciones, en vez de invertir el capital en la contratación de numerosos trabajadores asalariados, a los mayordomos les parece preferible recurrir a maquinarias con motores muy potentes que permitan producir rápidamente a gran escala, sin mayor costo por hectárea¹. A fin de amortizar en poco tiempo la fuerte inversión requerida por la mecanización y la motorización de los procesos

productivos, los poseedores del capital tienen entonces interés en no combinar un gran número de sistemas de cultivo y crianza en sus unidades de producción. Los latifundistas que quieren asegurar el pleno empleo de sus costosos equipos no tienen interés en aplicar rotaciones culturales y disocian las actividades estrictamente agrícolas relativas a la crianza. Lo que significa una especialización extrema de los sistemas de producción agrícola según las supuestas ventajas comparativas, pudiendo llegar hasta el monocultivo.

La moto-mecanización y la especialización exageradas de los sistemas productivos pueden no ser concordantes con el interés general de la nación, de los tres puntos de vista: social, económico y ambiental. El desplazamiento prematuro de la fuerza de trabajo humana y su sustitución por máquinas de muy alta potencia tienen por efecto incrementar cada vez más el desempleo o el subempleo en las zonas rurales, incitando a los trabajadores a migrar hacia los suburbios sobre-poblados e inseguros de las grandes ciudades. Mientras las importaciones de máquinas son costosas para la colectividad, la fuerza de trabajo nacional queda fuertemente

¹ La rentabilidad de los pocos sistemas de producción intensivos implementados en explotaciones capitalistas, tal como es en el sector de la floricultura, está estrictamente condicionada por la existencia de ventajas comparativas muy específicas en relación con el mercado internacional y por el muy bajo nivel de remuneración de los obreros. Si los sueldos tuvieran que incrementar en estos sectores, no cabe duda que el capital tendría que moverse hasta otro lugar: Etiopía, Kenia, etc.

subempleada, a pesar de que su costo es casinulo.

La especialización y el monocultivo tienen como consecuencia la imposibilidad de un buen uso de los subproductos de las cosechas, favorece la proliferación de plagas y enfermedades específicas de los pocos cultivos, así como de los animales mantenidos dentro de las tierras. El control de las malezas y la protección de los cultivos contra enfermedades y parásitos mediante el uso masivo de pesticidas agro-tóxicos provocan inevitablemente la contaminación creciente del aire, de las aguas y de los suelos.

Además expuestos a la radiación solar y a fuertes temperaturas los suelos padecen de un aumento de la mineralización en su materia orgánica. La tasa de humus de la tierra tiende a disminuir paulatinamente en las parcelas donde ya no se abona los suelos con estiércol y su estabilidad estructural está por consiguiente en declive. Lo que provoca una mayor sensibilidad frente a la agresión de las fuertes lluvias y vientos. En el afán de compensar esta reducción de la "fertilidad natural" de los suelos y de incrementar sin cesar su competitividad, los empresarios latifundistas recurren cada vez más a los fertilizantes químicos para abonar sus tierras, lo que puede constituir otra fuente de contaminación.

Las debilidades de la agricultura minifundista

En sus pequeños lotes de tierra, los campesinos minifundistas tienen interés en producir la máxima cantidad de alimentos para su propia subsistencia familiar. Produciendo en condiciones sumamente precarias y aleatorias, se esfuerzan también en disminuir los riesgos de una mala producción, cultivando parcelas dispersas en diferentes pisos ecológicos. La exigüidad de las superficies y la abundancia de mano de obra familiar les obligan a emplear sistemas de producción que exigen mucho trabajo, pero que son capaces de aumentar al máximo el suministro de calorías y proteínas alimenticias por unidad de superficie. No es extraño observar en estos minifundios, asociaciones de cultivos cuya disposición está en varios pisos foliares, con plantas que requieren sombra bajo el abrigo de cultivos que exigen más sol, permitiendo una rápida y completa cobertura de la parcela por la vegetación, además una utilización máxima de la energía solar para la fotosíntesis y la protección del suelo contra la agresión de las fuertes lluvias. Tales asociaciones de especies y variedades que no pueden albergar los mismos agentes patógenos evitan la proliferación de plagas y la propagación de enfermedades. Se manifiesta con una producción acrecentada por hectárea cada vez que los componentes de la asociación explotan los recursos

del medio de manera complementaria. Estos cultivos asociados permiten también limitar los riesgos de las malas cosechas, ya que no todas las plantas son afectadas por igual ante la presencia de accidentes climáticos o fitosanitarios.

Es cierto que los productores minifundistas tienen interés en producir más por hectárea, y es preciso reconocer que no pueden siempre disponer de los medios necesarios para cumplir con este objetivo y mantener las potencialidades básicas de los agro-ecosistemas. Frente a la importación masiva de cereales y otros víveres proveniente de los países industrializados, los pequeños productores que no tienen sino herramientas manuales no logran obtener ingresos suficientes para poder comprar los insumos y medios de producción que les permitiría a la vez satisfacer sus necesidades alimenticias y monetarias, reproducir de la mejor manera su medio ambiente.

Los residuos de cultivos son casi siempre reciclados, ya sea directamente como abono verde o a través de una pequeña cría de animales de granja (aves de corral, cuyes, chanchos, etc.). Pero, por el hecho de no tener acceso a abonos orgánicos o químicos en volumen suficiente, los campesinos empobrecidos no logran mantener la fertilidad de sus tierras. Sería un error creer que los campesinos están poco preo-

cupados por los problemas del medio ambiente, pero debido a su creciente pobreza y a su débil capacidad de ahorro, los medios de producción necesarios para ellos no están a su alcance. Es preciso también subrayar que el carácter muy a menudo precario de la tenencia de la tierra no incita a los campesinos a acondicionar y mantener la fertilidad de los ecosistemas sobre las parcelas de las que no son directamente propietarios. Los arrendatarios al partir y a corto plazo no tienen incentivos para invertir su fuerza de trabajo o su dinero en mejoras territoriales (fertilización, drenajes, reforestación, lucha anti-erosiva, etc.) si no están seguros de poder beneficiarse luego de las ventajas que se derivan en parcelas que no son suyas.

No pudiendo producir más allá de sus necesidades de auto-subsistencia, muchas son las familias campesinas minifundistas que tienen que vender su propia mano de obra fuera de sus propias unidades de producción. La mercadería más comúnmente vendida sigue siendo esta fuerza de trabajo familiar que está obligada a desplazarse hacia las grandes empresas agrícolas capitalistas o a los suburbios de las grandes ciudades. Es obvio que la función de tal minifundismo es el aumento de la fuerza de trabajo humana a bajo precio. Los empleadores pagan bajos salarios, cubriendo la totalidad de sus costos de reproducción.

Con muy poca tierra y sin mayor capacidad de ahorro e inversión, muchos campesinos minifundistas están forzados de migrar y extender las superficies dedicadas a los cultivos hacia tierras marginales poco favorables a las actividades agrícolas y de mayor fragilidad agro-ecológica: estepas de zonas medio-áridas, laderas montañosas de fuerte pendiente, selva amazónica, páramo, etc. De esta expansión colonizadora, resulta una erosión creciente de la biodiversidad con un encarecimiento progresivo de múltiples especies vegetales y animales. La situación es particularmente preocupante en las zonas de páramo donde la rotulación de los suelos y el sobre-pastoreo de las áreas restantes contribuyen en la desaparición de numerosas fuentes de agua.

Las ventajas de la mediana producción familiar

La mediana producción familiar es la que se implementa en unidades de producción agrícola de tamaño promedio². En éstas, los productores trabajan por su propia cuenta y disponen de recursos suficientes para poder sustentar a

sus familias con el concurso de sus miembros y vender una buena parte de la producción. Esta forma de agricultura puede más o menos proveer empleo suficiente a la propia mano de obra familiar y no necesita recurrir a mucha fuerza de trabajo asalariada. Con una superficie no muy reducida y unos recursos materiales y financieros, el jefe de familia tiene capacidad de iniciativa e innovación propias para implementar actividades agropecuarias que le permiten integrar su unidad de producción al mercado, generar ingresos monetarios más allá de los ingresos requeridos para las necesidades básicas del consumo familiar, comprar nuevas herramientas e incrementar la productividad agrícola.

En explotaciones agropecuarias de tamaño promedio, las familias campesinas manejan sistemas de producción que toman en consideración el costo de oportunidad de su propia mano de obra familiar. Mientras no existan otras fuentes de trabajo más remuneradas, los jefes de familia tienen interés en asegurar el empleo de sus miembros, con miras a acrecentar sus propios ingresos familiares. Nunca están inclinados a despedir a su propia fuerza de trabajo para

2 La definición de tamaño promedio de las unidades productivas no tiene que ver solamente con la superficie utilizada, medida en ha, sino también con el tamaño económico de las unidades, que involucra el nivel de capital invertido (el cual está generalmente relacionado con el nivel de ingreso generado). Es decir, que dentro de la "mediana producción familiar", puede haber unidades productivas que exploten pequeñas unidades de superficie, aunque con altos niveles de intensificación y buenos niveles de ingreso.

substituirlos por máquinas costosas si esto podría conducir al desempleo, pues al contrario de la gran agricultura capitalista, el aumento de la productividad agrícola en la mediana producción familiar no tiene por objetivo sustituir el trabajo por máquinas, su fin es incrementar la producción global y favorecer la generación de empleos en el campo. Así el uso de los motores puede servir más para accionar bombas de riego y multiplicar el número de ciclos anuales de cultivo, que el uso de tractores o cosechadoras automotrices.

De manera que para asegurar el empleo de la mano de obra familiar en sus propias unidades de producción, los jefes de familia tienen interés en escalonar los distintos períodos de trabajo en el transcurso del año, sin fase de menor actividad laboral ni momentos de trabajo demasiado apretado. Lo que puede conducir a una muy alta diversificación de las actividades agrícolas y pecuarias en el seno mismo de las explotaciones.

Esta diversificación de actividades agropecuarias tiene a menudo efectos favorables en el medio ambiente. En efecto, la asociación de diversos sistemas de cultivo y de crianza en las mismas unidades de producción favorece, en la mayoría de los casos, el uso óptimo de las diversas materias orgánicas disponibles: integración

de leguminosas forrajeras en las rotaciones de cultivos, aportes biológicos de nitrógeno en el suelo, utilización de los residuos de los cultivos para la alimentación animal, recuperación de las materias fecales y de la pajas de cereales para la fabricación y el entierro de estiércol o de compost, manejo de cercas vivas para romper los vientos, generar micro-climas más favorables para la fotosíntesis, capturar elementos minerales en la profundidad de los subsuelos y abonar las capas superficiales de los terrenos con materia orgánica, etc. Además, la aplicación de rotaciones y asociaciones de cultivos desempeña un papel importante al provocar la ruptura de ciclos de reproducción de algunos parásitos y agentes patógenos.

Por todas esas razones, la mediana agricultura familiar es el tipo de estructura que permite una mayor función económica, social y ambiental, en congruencia con el interés general de la nación, por lo cual merecería un apoyo particular del Estado. Su mayor problema consiste a menudo en su bajo poder de negociación frente a los diversos oligopolios con los cuales los productores tienen que abastecerse de insumos o vender sus productos. Esto es lo que ocurre con las formas de integración vertical de la mediana producción familiar bajo contrato, dentro de las cadenas de abastecimiento, producción y comercialización. Dentro de esas for-

mas de agricultura bajo contrato, las empresas integradoras proporcionan a los productores paquetes tecnológicos prefinanciados, que contemplan entrega de insumos y asistencia técnica, además de garantizar la compra de la producción a un precio preestablecido. Pero los medianos productores que pueden así tener fácilmente acceso a herramientas, nuevas tecnologías y seguridad de mercadeo, para producciones específicas (maíz, papas, lácteos, brócoli, hierbas medicinales, etc.), están obligados de entregar sus productos a las empresas integradoras y tienen que respetar todas las normas y estándares exigidos por éstas. Se trata al final de una proletarización bajo la forma de maquilas. Los nuevos patrones de producción impuestos a los productores dejan poco espacio a las iniciativas campesinas y el hecho de concentrar el conjunto de las intervenciones sobre unas pocas producciones no permite tomar en consideración la totalidad y la complejidad de los sistemas de producción implementados por los mismos productores, con el riesgo de poner en peligro su sostenibilidad.

Llevar a cabo una verdadera reforma agraria

El sector agropecuario todavía representa alrededor del 23% de la población económicamente activa del Ecuador pero solamente contri-

buye con un 9% a la conformación del producto interno bruto del país. De hecho, la agricultura ecuatoriana está enfrentada a cambios tecnológicos significativos, originados en los procesos de integración creciente al mercado mundial, que no obstante generan impactos negativos en los aspectos económicos, sociales y ambientales: importación creciente de alimentos, falta de seguridad y soberanía alimentaria, pobreza rural, expansión de la frontera agrícola hacia ecosistemas frágiles, perjuicios ambientales, escasez de los recursos hídricos, erosión de los suelos y de la biodiversidad, migración masiva y desordenada hacia las ciudades o el extranjero, etc.

Con seguridad, estos graves problemas se deben en buena parte a la distribución no equitativa de la tierra. En efecto, el Ecuador tiene todavía una estructura agraria caracterizada por muy altos niveles de concentración, de hecho una de las más altas del mundo, la que apenas se ha modificado en los últimos 50 años. Esta estructura agraria tiene por consecuencia modalidades de desarrollo agropecuario no congruentes con el interés general. La monopolización de la tierra por un lado y la fragmentación de los minifundios por el otro, constituyen barreras para un mejor uso de los recursos naturales, humanos y financieros en el campo.

Los gerentes de los grandes latifundios podrían tener acceso a los medios necesarios para una intensificación de la producción por hectárea, pero sus propietarios no tienen realmente interés en hacerlo. Al contrario, los campesinos minifundistas que tendrían interés en incrementar la productividad por unidad de superficie no tienen los recursos suficientes para llevar a cabo tales sistemas de producción más productivos y respetuosos con el medio ambiente. Se teme que mientras siga tal inequidad en la estructura agraria, la presente situación de baja producción agropecuaria, débiles e insuficientes ingresos monetarios, quedará en lo mismo.

Mientras tanto permanezca una distribución muy desigual del ingreso en el campo, la demanda en bienes de consumo y medios de producción va a seguir siendo reducida en el campo, teniendo como consecuencia un muy pequeño mercado interior para los otros sectores de la economía. Con seguridad, la demanda rural en bienes manufacturados sería mucho más amplia y homogénea bajo un régimen unimodal de acceso a la tierra. No hay que esperar

un incremento significativo del poder de compra de la población rural con una estructura agraria en la cual se mantendría la coexistencia de latifundios y minifundios. La industrialización del país necesita pues una ampliación y una homogenización de su mercado doméstico interior, lo que no puede ser alcanzado sin la implementación previa de una verdadera reforma agraria.

Las pocas ramas de la agricultura empresarial en las cuales los sistemas de producción permiten generar más empleo (floricultura, horticultura y bananos destinados a la exportación) provocan daños ambientales y no podrían seguir compitiendo en el mercado internacional si acaso hubiera un aumento de los salarios pagados a los trabajadores. Algunos empresarios ya están desplazando su capital y sus actividades en otros países como Etiopía y Kenya. Tal actitud no ocurriría con las medianas unidades de producción familiar donde los jefes de familias tienen interés en aumentar la remuneración y por ende el bienestar de sus miembros en sus propias regiones.